

Alexis de Tocqueville

La democracia en América, 2



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *De la démocratie en Amérique*
Traducción: Dolores Sánchez de Aleu

Primera edición: 1980
Tercera edición: 2017
Primera reimpresión: 2023

Diseño de colección: Estrada Design
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Ilustración de cubierta: George C. Bingham: *The Verdict of People* (1854-55, detalle),
Saint Louis Art Museum (Missouri)
© ACI / Bridgeman
Selección de imagen: Carlos Caranci Sáez

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1980, 2023
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.alianzaeditorial.es



ISBN: 978-84-9104-805-3 (T. 2)
ISBN: 978-84-9104-811-4 (O.C.)
Depósito legal: M. 12.641-2017
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

13 Advertencia

Primera parte: Influencia de la democracia sobre el movimiento intelectual de los Estados Unidos

- 19 1. Del método filosófico de los americanos
- 26 2. De la principal fuente de creencias en los pueblos democráticos
- 31 3. Por qué los americanos demuestran más aptitud y gusto por las ideas generales que sus antepasados, los ingleses
- 38 4. Por qué los americanos nunca se han apasionado tanto como los franceses por las ideas generales en política
- 40 5. Cómo la religión se sirve, en los Estados Unidos, de las inclinaciones democráticas
- 51 6. Del progreso del catolicismo
- 53 7. De por qué el espíritu de los pueblos democráticos gusta del panteísmo
- 55 8. Cómo la igualdad suscita en los americanos la idea de la perfectibilidad indefinida del hombre
- 58 9. Cómo el caso de los americanos no prueba que un pueblo democrático carezca necesariamente de gusto y afición por las ciencias, la literatura y las artes
- 65 10. Por qué los americanos se aplican más a la práctica de las ciencias que a la teoría

- 74 11. Cómo cultivan las artes los americanos
81 12. Por qué los americanos levantan al mismo tiempo
monumentos o muy pequeños o muy grandes
84 13. Panorama literario de las épocas democráticas
91 14. De la industria literaria
92 15. Por qué el estudio de la literatura griega y latina
resulta particularmente útil en las sociedades de-
mocráticas
95 16. Cómo la democracia americana ha modificado la
lengua inglesa
104 17. Sobre algunas fuentes de la poesía en las naciones
democráticas
112 18. Por qué los escritores y oradores americanos sue-
len pecar de ampulosos
114 19. Algunas observaciones sobre el teatro de los pue-
blos democráticos
121 20. Algunas tendencias propias de los historiadores
en la era democrática
126 21. De la elocuencia parlamentaria en los Estados
Unidos

Segunda parte: Influencia de la democracia sobre
los sentimientos de los americanos

- 135 1. Por qué los pueblos democráticos manifiestan un
afecto por la igualdad más ardiente y duradero
que por la libertad
141 2. Del individualismo en los países democráticos
144 3. Cómo el individualismo es más fuerte después de
una revolución democrática que en cualquier
otra época
146 4. Cómo frenan los americanos el individualismo
con instituciones libres
152 5. Del uso que los americanos hacen de la asocia-
ción en la vida civil
158 6. De la relación entre las asociaciones y los periódicos

- 163 7. Relaciones entre las asociaciones civiles y las políticas
- 170 8. Cómo frenan los americanos el individualismo con la doctrina del interés bien entendido
- 175 9. Cómo aplican los americanos la doctrina del interés bien entendido en materia de religión
- 178 10. De cómo gustan del bienestar material en América
- 181 11. Efectos particulares que produce la persecución de los goces materiales en períodos democráticos
- 184 12. Por qué algunos americanos manifiestan una religiosidad tan exaltada
- 186 13. Por qué los americanos se muestran tan inquietos en medio de su bienestar
- 191 14. Cómo se unen en los americanos el gusto por los placeres materiales, el amor a la libertad y el interés por los asuntos públicos
- 195 15. Cómo las creencias religiosas atraen periódicamente a los americanos hacia los goces inmateriales
- 202 16. Cómo el amor excesivo por el bienestar puede perjudicar al bienestar mismo
- 204 17. Por qué conviene postergar el propósito de las acciones humanas en tiempos de igualdad y de duda
- 208 18. Por qué entre los americanos toda profesión honesta es reputada como honorable
- 211 19. Por qué los americanos suelen trabajar en la industria
- 217 20. Cómo podría nacer una aristocracia de la industria

Tercera parte: Influencia de la democracia sobre las costumbres propiamente dichas

- 225 1. Cómo se dulcifican las costumbres a medida que se igualan las condiciones sociales
- 232 2. Cómo la democracia simplifica y facilita las relaciones habituales de los americanos

- 235 3. Por qué son los americanos tan poco susceptibles
en su país y tanto en el nuestro
- 240 4. Consecuencias de los tres capítulos precedentes
- 243 5. Cómo modifica la democracia las relaciones entre
señor y criado
- 254 6. Cómo las instituciones y las costumbres democrá-
ticas elevan el precio y acortan la duración de los
arrendamientos
- 258 7. Influencia de la democracia sobre los salarios
- 262 8. Influencia de la democracia sobre la familia
- 270 9. Educación de las muchachas en los Estados Unidos
- 274 10. Cómo asoma la jovencita en los rasgos de la esposa
- 278 11. Cómo la igualdad de las condiciones contribuye a
mantener las buenas costumbres en América
- 287 12. Cómo conciben los americanos la igualdad del
hombre y la mujer
- 292 13. Cómo la igualdad divide naturalmente a los ameri-
canos en una multitud de pequeñas sociedades par-
ticulares
- 295 14. Algunas reflexiones sobre las maneras americanas
- 300 15. De la seriedad de los americanos, y por qué no les
impide ser frecuentemente desconsiderados
- 305 16. Por qué la vanidad nacional de los americanos
es más insegura y pendenciera que la de los in-
gleses
- 308 17. Cómo el aspecto de la sociedad en los Estados
Unidos semeja a la vez agitado y monótono
- 311 18. Del honor en los Estados Unidos y en las socieda-
des democráticas
- 327 19. Por qué hay en los Estados Unidos tantos ambi-
ciosos y tan pocas ambiciones sobresalientes
- 335 20. Del negocio de los cargos públicos en ciertas na-
ciones democráticas
- 338 21. Por qué las grandes revoluciones serán cada vez
menos frecuentes

- 354 22. Por qué los pueblos democráticos desean naturalmente la paz, y sus ejércitos, la guerra
363 23. Cuál es la clase más aguerrida y revolucionaria en los ejércitos democráticos
368 24. Por qué los ejércitos democráticos son los menos fuertes al entrar en campaña y los más temibles si la guerra se prolonga
374 25. De la disciplina en los ejércitos democráticos
376 26. Algunas consideraciones sobre la guerra en las sociedades democráticas

Cuarta parte: De la influencia que ejercen las ideas y los sentimientos democráticos sobre la sociedad política

- 385 1. La igualdad suscita de manera natural entre los hombres el gusto por las instituciones libres
387 2. Que las opiniones de los pueblos democráticos en materia de gobierno favorecen de manera natural la concentración de poderes
391 3. Que los sentimientos de los pueblos democráticos cooperan con sus opiniones en la concentración del poder
396 4. De algunas causas particulares y accidentales que llevan finalmente a un pueblo democrático a centralizar el poder, o que se lo impiden
404 5. Que entre las naciones europeas de nuestros días el poder soberano aumenta aunque los soberanos cambien frecuentemente
419 6. Qué tipo de despotismo amenaza a las naciones democráticas
426 7. Continuación de los capítulos precedentes
437 8. Visión general del asunto
- 443 Anexos

Advertencia

Los americanos tienen un estado social democrático que les ha sugerido de forma natural determinadas leyes y costumbres políticas.

Además, este mismo estado social ha originado en ellos gran número de sentimientos y de opiniones extraños a las viejas sociedades aristocráticas de Europa. Ha destruido o modificado relaciones antes existentes y ha establecido otras nuevas. El aspecto de la sociedad civil no ha cambiado menos que la fisonomía del mundo político.

Traté de la fisonomía del mundo político hace ya cinco años, en la obra que publiqué sobre la democracia americana. El aspecto de la sociedad civil constituye el objeto del presente libro. Estas dos partes se complementan entre sí y forman una sola obra.

Pero antes de continuar tengo que prevenir al lector contra un error que podría perjudicarme grandemente.

Al verme atribuir tantos efectos diversos a la igualdad, podría concluir de ello que la considero como única causa de cuanto sucede en nuestros días. Con lo que me atribuiría un punto de vista harto estrecho.

Hay ahora multitud de opiniones, sentimientos y tendencias que tienen su origen en hechos extraños e incluso contrarios a la igualdad. Así, tomando como ejemplo a los Estados Unidos, juzgué que podría probar fácilmente que la naturaleza del país, el origen de sus habitantes, la religión de los primeros fundadores, sus conocimientos y hábitos anteriores, han ejercido y siguen ejerciendo, independientemente de la democracia, una inmensa influencia sobre el modo de pensar y de sentir. Se podrían encontrar en Europa otras causas diferentes de la igualdad en tanto hecho que explicasen gran parte de lo que allí sucede.

Reconozco la existencia y la fuerza de estas causas, pero no entra en mi objeto el hablar de ellas. No es mi propósito mostrar la razón de todas nuestras tendencias y nuestras ideas; tan sólo he querido hacer ver cuáles de entre ellas y en qué medida han modificado la acción de la igualdad.

Quizá produzca extrañeza el que, opinando yo firmemente que la revolución democrática de que somos testigos constituye un hecho irresistible, contra el cual no sería ni deseable ni prudente luchar, llegue a veces en el presente libro a dedicar tan severas palabras a las sociedades democráticas nacidas de esta revolución.

A ello responderé sólo que precisamente por no ser enemigo de la democracia he querido exponer su verdad.

Los hombres rechazan la verdad cuando viene de sus enemigos, y sus amigos apenas se la dicen; por eso yo se las he mostrado.

He pensado que serán muchos los que anuncien con gusto los nuevos bienes que la igualdad guarda para los hombres, pero pocos los que quieran avistar los peligros con que les amenaza. Ha sido, pues, principalmente hacia esos peligros que he dirigido mis miradas, y habiendo creído descubrirlos claramente no he sido tan cobarde como para silenciarlos.

Espero que se encuentre en esta segunda obra la imparcialidad que han parecido reconocer a la primera. Situado entre las opiniones contradictorias que nos dividen, he intentado expulsar momentáneamente de mi corazón la simpatía o la repulsión que me inspiran. Si quienes lean mi libro encuentran en él una sola frase con la que pretenda adular a uno de los grandes partidos que conmovieron nuestro país, o a una de las pequeñas facciones que hoy le agobian y debilitan, entonces que alcen la voz para acusarme.

El contenido que he intentado abarcar es inmenso, pues comprende la mayoría de los sentimientos y de las ideas originados por el nuevo estado del mundo. Semejante tarea sobrepasa seguramente mis fuerzas, y no he logrado despacharla a mi entera satisfacción.

Pero si se me ha escapado el fin propuesto, los lectores deberán reconocer al menos en su concepción y desarrollo alientos como para cumplir mi empeño dignamente.

Primera parte

Influencia de la democracia
sobre el movimiento intelectual
de los Estados Unidos

1. Del método filosófico de los americanos

Creo que no hay otro país en el mundo civilizado que se ocupe menos de la filosofía que los Estados Unidos.

Los americanos ni tienen una escuela filosófica propia ni se ocupan mucho de todas las que dividen a Europa, cuyos nombres apenas conocen.

Es fácil observar, sin embargo, que casi todos los habitantes de los Estados Unidos encauzan sus pensamientos de la misma manera y los desarrollan conforme a iguales principios; es decir, que sin haberse molestado jamás en definir sus reglas, poseen un determinado método filosófico que les es común.

Huir de la sistematización, del yugo de los hábitos, de las tradiciones familiares, de las opiniones de clase e incluso, hasta cierto punto, de los prejuicios nacionales; tomar la tradición como un dato y el examen de los hechos presentes sólo como algo útil solamente si sirve para obrar de modo distinto y mejor; buscar por sí y en uno mismo la razón de las cosas; dirigirse al resultado sin dejarse dominar por los medios y atender al fondo sin detenerse en la forma: tales son los principales rasgos que caracterizan lo que yo llamaría el método filosófico de los americanos.

Profundicemos, busquemos entre esos rasgos diversos el principal, el que pueda contener mejor a los otros, y se encontrará con que, en lo que atañe a sus pensamientos, el americano sólo recurre por lo común al esfuerzo individual de su razón.

América es, pues, uno de los países del mundo donde menos se estudian y mejor se siguen los preceptos de Descartes. Lo que no debe extrañarnos.

Los americanos no leen las obras de Descartes porque el estado social les aparta de los estudios especulativos, y siguen sus máximas porque ese mismo estado les predispone a ello.

A causa de la continua agitación que reina en el seno de una sociedad democrática, el lazo que une entre sí a las generaciones se relaja o se rompe; con ello pierde fácilmente las ideas de los antepasados, su fuerza de arrastre o el interés que despertaran ellas.

Los hombres que viven en una sociedad así tampoco pueden extraer sus opiniones de la clase a que pertenecen, pues, por así decirlo, ya no hay clases, o bien las que todavía existen están compuestas de elementos tan movedizos que no pueden ejercer un verdadero control sobre sus miembros.

En cuanto al influjo que la inteligencia de un hombre puede ejercer sobre la de otro, necesariamente ha de ser muy restringido en un país cuyos ciudadanos, muy cerca de la completa igualdad y del mutuo conocimiento, no reconocen a nadie una grandeza o una superioridad indiscutibles; así, vuelven siempre a su propia razón, como fuente más visible y próxima de la verdad, lo que no sólo destruye la confianza en tal o cual hombre, sino hasta la fe natural en sus juramentos.

Así, cada uno se encierra en sí mismo y pretende juzgar al mundo desde su reducto.

La costumbre de los americanos de no buscar sino en sí mismos reglas para su juicio origina en ellos otros modos de pensar.

1. Del método filosófico de los americanos

Al ver que consiguen resolver sin ayuda las pequeñas dificultades que les presenta la vida práctica, deducen sin más que todo puede explicarse en el mundo y que nada hay en él que rebase los límites de la inteligencia.

Por eso niegan con gusto todo lo que no pueden comprender, lo que les lleva a descreer de lo extraordinario y sentir una repugnancia casi invencible por lo sobrenatural.

Dado que sólo se atienen por lo común a su propio testimonio, quieren ver muy claramente el objeto de que se ocupan; se desembarazan, pues, en lo posible de su apariencia superficial, apartan cuanto lo separa y suprimen todo lo que le esconde a las miradas, a fin de verlo de cerca y a plena luz. Esta disposición mental pronto les lleva a despreciar las formas, a las que consideran como velos inútiles e incómodos interpuestos entre ellos y la verdad.

Los americanos no necesitaron, por lo tanto, recurrir a los libros para encontrar su propio método filosófico, lo han encontrado en sí mismos. Afirmino que igual ha ocurrido en Europa.

Este mismo método no se ha establecido ni vulgarizado en Europa sino a medida que las clases se han hecho más iguales y los hombres más semejantes.

Consideremos por un momento su desarrollo en el tiempo:

En el siglo XVI la Reforma somete a la razón individual algunos de los dogmas de la antigua fe, pero continúa sus trayendo los demás a la discusión. En el XVII, Bacon en las ciencias naturales y Descartes en la filosofía propiamente dicha cancelan las fórmulas recibidas, destruyen el imperio de las tradiciones y echan por tierra la autoridad del maestro.

Por último, los filósofos del siglo XVIII, generalizando el mismo principio, emprenden la tarea de someter al examen individual de cada hombre el motivo de todas sus creencias.

¿Quién no ve que Lutero, Descartes y Voltaire se sirvieron del mismo método, y que sólo les diferencia el mayor o menor uso que han pretendido que de él se haga?

¿Por qué razón se circunscribieron estrictamente los reformadores al círculo de las ideas religiosas? ¿Por qué Descartes, no queriendo aplicar su método sino a ciertas materias a pesar de haberlo adecuado a todas, declaró que había que juzgar por uno mismo sólo en las cosas filosóficas, y no en las políticas? ¿Por qué en el siglo XVIII se dedujeron de pronto, de ese mismo método, aplicaciones generales que ni Descartes ni sus predecesores habían percibido, o que se habían negado a descubrir? Finalmente, ¿cuál es la causa de que el método de que hablamos escapara repentinamente de las escuelas en esa época para penetrar en la sociedad, convirtiéndose en la regla común de la inteligencia y, después de hacerse popular entre los franceses, fuera ostensiblemente adoptado o secretamente seguido por todos los pueblos de Europa?

El método filosófico en cuestión pudo nacer en el siglo XVI, precisarse y generalizarse en el XVII, pero no adoptarse socialmente en ninguno de los dos. Las leyes políticas, el estado social y los modos de pensar que emanan de esas primeras causas se oponían a ello.

Pues fue descubierto en una época en que los hombres sólo empezaban a igualarse y a hacerse más semejantes, y no podía ser seguido de manera general más que en un siglo en que las clases viniesen a ser similares y los hombres casi semejantes.

Así pues, el método filosófico del siglo XVIII no sólo es francés sino democrático, lo que explica por qué fue tan fácilmente admitido en toda Europa, a la que tanto contribuyó a cambiar. Si los franceses trastornaron el mundo no fue removiendo sus viejas creencias y modificando sus antiguas costumbres, sino porque fueron los primeros en ge-

neralizar y sacar a la luz un método filosófico con cuya ayuda se podía atacar fácilmente a todas las cosas viejas y abrir el camino a todas las nuevas.

Y si ahora se me preguntase por qué en nuestros días ese mismo método se sigue con mayor rigor y se aplica con más frecuencia por los franceses que por los americanos, entre quienes, sin embargo, la igualdad es igualmente completa y más antigua, respondería que ello se debe por lo pronto a dos circunstancias que es preciso explicitar.

La religión es la causa del nacimiento de las sociedades angloamericanas: no hay que olvidarlo. En los Estados Unidos la religión se confunde, pues, con todos los hábitos y sentimientos nacionales; esto le da una fuerza singular.

A esta poderosa razón hay que añadir otra que no lo es menos: en América la religión se ha fijado a sí misma, por así decirlo, sus propios límites; el dominio religioso ha permanecido totalmente apartado del dominio político, de suerte que se han podido cambiar fácilmente leyes antiguas sin quebrantar antiguas creencias.

El cristianismo, pues, ha conservado un gran imperio sobre el espíritu americano y –lo que quiero subrayar principalmente– no sólo domina como una filosofía que se adopta después de examinarla, sino como una fe en la que se cree sin discusión.

En los Estados Unidos las sectas cristianas son infinitas y se modifican sin cesar; pero el cristianismo en sí constituye un hecho establecido e inamovible al que nadie trata de atacar o defender.

Habiendo admitido sin examen los principales dogmas de la religión cristiana, los americanos no pueden sino aceptar de la misma manera un gran número de verdades morales que se desprenden o se fundan en ellos. Eso limita estrechamente la acción del análisis individual, al que sus trae muchas de las más importantes opiniones humanas.

La otra circunstancia de que hablé es la siguiente:

Los americanos tienen estado social y constitución democráticos, pero no han tenido revolución democrática alguna. Llegaron al suelo que ocupan casi como los vemos hoy. Este hecho es de gran importancia.

Toda revolución conmueve las antiguas creencias, debilita la autoridad y desdibuja las ideas que eran comunes. Toda revolución tiene, pues, por efecto, dejar a los hombres en mayor o menor grado solos consigo mismos y abrir ante cada uno de ellos un espacio vacío y casi ilimitado.

Cuando se establece la igualdad de clases después de una lucha prolongada entre las que formaban la antigua sociedad, la envidia, el odio y el desprecio por el vecino, el orgullo y la desmedida confianza en uno mismo, invaden por así decirlo el corazón humano y durante un tiempo imperan en él. Independientemente de la igualdad, esto alienta poderosamente la división de los hombres y la desconfianza en el juicio ajeno, y les lleva a no buscar la luz sino en sí mismos.

Cada uno trata de arreglárselas por sí mismo y pone su orgullo en lo singular de sus creencias y respecto a todas las cosas. A los hombres no les unen ya más que los intereses, no las ideas; diríase que las opiniones humanas no son sino una especie de polvo inmaterial que se agita por todas partes sin poder concentrarse ni fijarse.

Así, la independencia de espíritu que la igualdad supone nunca es tan grande ni parece tan excesiva como en el momento en que la democracia comienza a establecerse y durante el penoso trabajo que la funda. Hay que distinguir, pues, cuidadosamente la libertad intelectual que es capaz de dar la igualdad de la anarquía que la revolución comporta. Es preciso considerar separadamente cada una de estas dos cosas, para no alimentar esperanzas ni temores exagerados respecto al porvenir.

Creo que los hombres que vivirán en las nuevas sociedades harán a menudo un uso individual de su razón, pero estoy lejos de creer que abusen de ella con frecuencia.

1. Del método filosófico de los americanos

Esto se debe a una causa más generalmente aplicable a los países democráticos y que, a la larga, mantiene en ellos dentro de límites fijos, y a veces estrechos, la independencia individual del pensamiento.

La expondré en el capítulo siguiente.